

En honor a las idische mames

POR FEIGALE ABRAMOWICZ

Si tuviéramos que definir nuestra religión, nuestra raza o nuestras tradiciones, indudablemente que tendríamos que agregar en ello el concepto incomparable, el valor único, la noción que ya se ha transformado en institución inseparable de nuestra forma de vida, el motor de nuestra existencia: La idische mame.

La idische mame, como concepto, ha dado origen a innumerables estereotipos de carácter, comunes a todas las sociedades, tales como el de la dominación extrema, la absorción, la preocupación exagerada, el sentido de culpa y la generación de remordimientos, el chantaje como mecanismo afectivo, el sacrificio y su cobranza a largo plazo, la sobreprotección, la posesión y otras perlas de la conducta humana.

Pero no exageremos. Estas mismas características particulares de una Idische Mame dan pie a visualizaciones positivas, a imágenes que perduran en el tiempo, tales como los conceptos de entrega absoluta, abnegación, dedicación, el dar todo por los hijos, el amor desmesurado, el instinto maternal llevado a su grado máximo.

Aparentemente, el ancestral afán de querer en exceso se lleva en los genes. El concepto tiende a aplicarse mayormente a las madres "antiguas". Y, sin embargo, las madres "modernas" se mueven dentro de los mismos parámetros ya que, al parecer, hasta el día de hoy no se ha dado a luz un mejor modelo de madre.

Con la salvedad de que sí existe quizás un nuevo modelo de hijo, que considera que tiene el derecho adquirido a criarse en los parámetros de independencia a los que obliga la modernidad, y, ante nuestra a veces exagerada preocupación e intrusión en algunos temas tales como la comida (fundamental), el abrigo y la educación, reaccionan a veces con un categórico "¡No seas idische mame!"; lo que se supone nos tiene que frenar en nuestros afanes y nos obliga a replantearnos que el retoño, al fin y al cabo, ya tiene casi veintitrés años, y quizás cree tener la suficiente autonomía en su vida como para decidir cuánta comida va a comer y qué va a dejar en el plato, no importando que sea "una lástima", o si él (y no nosotras) tiene suficiente frío como para ponerse el sweater o no.

Frases tales como "Come o me muerdo", así como tantas otras que ya son parte de nuestra idiosincrasia, destacan el carácter ambivalente y la transmisión del denominado "doble mensaje" de una Idische Mame, carácter que ha dado pie a innumerables situaciones de humor y chistes, ha sido base fundamental de la trama de innumerables obras de teatro y de incontables películas que, en el transcurso de los años, la han posicionado en un sitial privilegiado.

El concepto de la Idische Mame, sin embargo, ha sido estudiado profundamente por algunos autores, desligándose de su sentido satírico y caricaturesco, ahondando en la influencia que estas madres tuvieron o tienen en aquellos hijos que han trascendido en nuestra historia, tanto en los campos de la literatura y el arte, en el campo social, económico, en el científico y filosófico, y en el campo cultural en general.

Tal es el caso de Bruno Halioua, de origen francés, nacido el año 1959, médico de profesión (¡obviamente tenía una idische mame!), quien compila en

su libro "Madres judías de gente célebre" la infancia de algunos de los genios que marcaron el siglo XX con una huella indeleble, y la relación que éstos tuvieron con su madre y que resultó determinante en sus futuras carreras y acciones.

Severas o complacientes, figuras fuertes, pintorescas en algunos casos, pero siempre convencidas de que sus hijos eran lo mejor y por tanto de ellos sólo podía esperarse lo mejor, estas madres fueron la plataforma de partida de grandes proyectos, que han transformado el rostro de la historia y la humanidad para siempre.

Tal es el caso de Amalia Freud, de quien cuentan que aun a avanzada edad se acicalaba, acechaba los ruidos en la puerta, corría verificando que todo estuviera en su lugar y con el aspecto adecuado, no para recibir al príncipe azul en persona que viniera a pedir su mano, sino para recibir adecuadamente a su célebre hijo, el entonces ya muy famoso médico de Viena, a quien cariñosamente llamaba "Sigi": Sigmund Freud.

De ella contaban sus nietos que "era una judía polaca típica, que hablaba fuertemente, imperativamente, sin pelos en la lengua, una mujer resuelta, poco paciente y extremadamente inteligente".

Sigmund Freud, hijo primogénito de una numerosa familia (muertas sus hermanas luego en los campos de concentración durante el dominio nazi), era la esperanza de su madre, quien le enseñaba lectura, ortografía, gramática y aritmética. A su vez, él sentía por su madre un amor secreto, reforzado por una verdadera pasión erótica que desafiaba los tabúes religiosos. Sin saberlo, Amalia fue pieza fundamental en la elaboración y planteamiento del famoso "Complejo de Edipo", como paradigma del amor del hijo por su madre. Como primogénito y estudioso, "Sigi" gozaba de privilegios en su hogar, entregados por su madre, llegando a extremos de sacrificio "por el bienestar de su hijo", tal como hacer desaparecer de la casa el piano que ella gustaba de tocar y que había sido adquirido a fuerza de ahorros, para no molestar al pequeño pródigo en sus horas de estudios, y según su requerimiento. En la estrechez de la vivienda, "Sigi" se hace acreedor de un lugar propio para sus estudios, al cual la madre le trae la comida "para que no pierda un tiempo precioso".

Freud siente un profundo agradecimiento por la confianza que ella siempre le brindó, y está persuadido de que su madre ha representado un papel importante en su éxito. "Cuando uno es el hijo predilecto de su madre" —escribiría— "toda la vida conserva ese sentimiento de conquista, esa seguridad en el éxito que, en realidad, nunca deja de atraerlo". Para él, la relación madre-hijo, fundada en el narcisismo, no es perturbada por ninguna rivalidad, y el amor de la madre por el hijo es "la más perfecta, la más desprovista de ambivalencia de todas las relaciones humanas."

Cuando la madre de Freud muere, a los noventa y cinco años, éste escribe: "Yo no tenía derecho a morir mientras ella estuviera con vida. Ahora tengo ese derecho".

En otro ámbito, el autor toma el caso de Karl Marx, proveniente de una familia de judíos renegados en aras de

una fusión con la sociedad alemana de entonces, y quien experimentaba sentimientos encontrados por sus padres. Específicamente, por su madre no sentía más que vergüenza. No le gustaba su mal acento alemán y su fuerte acento idish. Le reprochaba ser muy apagada y el tomarse demasiado a pecho los asuntos más insignificantes, condena su ausencia de preocupaciones intelectuales, y se burla de su espíritu estrecho únicamente centrado en la salud, la alimentación y la ropa de sus hijos. Ya admirado por una multitud de discípulos, Marx no acepta que su madre no sea adicta a su causa. Por su parte, la madre, Henriette, no entiende las ideas de Karl y menos sus trabajos. Ella se queja constantemente de que su hijo no haya proseguido la carrera de abogado y reemplazado en el futuro en ello a su padre.

«Cómo puede preferir esa existencia de 'shnorer', cuando podría llevar una vida de 'mensch'» —se refiere ella, haciendo alusión al tipo de vida disoluta que su hijo ha elaborado para sí.

Marx se burla de su madre, parafraseándola: "Si Karl hubiera amasado un Capital...".

Karl Marx llega a ser el arquetipo del judío de fuerte sentimiento antisemita que busca diferenciarse a cualquier precio, rechaza su propia identidad, alejándose de sus pares y burlándose de ellos. En este contexto, su madre le devuelve la imagen del judío que a él le horroriza.

El dinero es la fuente principal de los conflictos entre Henriette y Karl, y la herencia paterna es objeto de grandes discusiones. Enfrentado a preocupaciones financieras, recurre a su madre, sin mucho entusiasmo y con relativo éxito.

Al fallecimiento de Henriette, recibe una cuantiosa suma, la cual le permite proseguir su obra. Y si bien, en palabras de su madre, "no amasó un Capital"... "El Capital" puede ser finalmente publicado.

En una etapa contemporánea, en un hospital de Brooklyn nace Allan Stewart. Con sus grandes orejas, su piel lechosa y el pelo zanahoria, el pequeño es el retrato de su madre, Nettie. El padre, afectuoso pero incapaz de sostener un trabajo por mucho tiempo, no es para nada respetuoso de los principios de la religión judía. En cambio, la madre respeta la kashrut e insiste en que Allan frecuente la sinagoga y estudie la Torá. Pero el joven aprecia poco la iniciación religiosa, la cual le es totalmente indiferente. No es distinta la situación en la escuela, de la cual se ocupa lo menos posible, desatando la ira de su madre, la cual le está constantemente encima.

Sin embargo, fue Nettie quien lo llevó por vez primera al cine, y la oscura sala pasa a ser su refugio providencial, su resguardo de las reprimendas. Fue su madre quien insistió y lo llevó a ver a "los famosos" para lograr una oportunidad, tras resignarse aparentemente al hecho de que su hijo ya no sería un médico, ni abogado, ni farmacéutico. Y, sin embargo, a pesar de haberle prestado apoyo, la madre no valora el tipo de trabajo que eligió, y le exige estabilidad. Finalmente, en el corazón de Allan se planta la semilla del querer ser. Muy a pesar de los deseos de su madre, Allan Stewart se repliega, dando paso al controvertido y muy premiado cineasta Woody Allen.

En varias de sus películas y en muchos de sus comentarios, se registra la controversial relación que Woody Allen mantiene con su madre.

Woody Allen ve en su madre el arquetipo de la madre pesada, posesiva y omnipresente, tal como la retrata en un segmento de la película "Historias de Nueva York", en la cual su madre se presenta como una nube que se extiende sobre el cielo y lo persigue con sus recriminaciones, paso a paso y en forma amenazante.

En otro campo totalmente distinto a los anteriores, se analiza a la madre de quien fuera héroe nacional israelí, arquetipo de la entrega y el valor, y cuyos méritos forman parte ya de una leyenda: Moshé Dayan.

Dvora Dayan fue en su infancia y juventud una mujer intrépida y valiente. A temprana edad sirvió como enfermera en el ejército ruso, y muy pronto se enteró de los afanes sionistas que mueven a sus coetáneos y decide su viaje a la entonces llamada Palestina.

Cuando nace su hijo, Moshé, descubre que su concepción sobre su educación se contraponen a los principios de la "Kvutzá" (grupo) en el cual vive en comunidad. "Quiero ser todo para mi hijo" —decía— "niñera, profesor, Universidad. No puedo ser la niñera de otros".

Su marido encuentra su veta en los campos de la política y viaja frecuentemente, dejando las responsabilidades del hogar en manos de Dvora.

Con el tiempo, ella ya no es la delicada y frágil intelectual. Se vuelve valerosa, atada a su tierra, sus hijos, sus animales y su casa. Ella había renunciado a sus propias ambiciones para permitir que su marido realice las suyas y, sin embargo, en el seno del partido son muchos los que creen que sus talentos superan en mucho a los de su marido.

Se inquiera por Moshé, quien se había unido a la Haganá a la edad de quince años y donde se hace conocido por su temeridad, período que da inicio a una de las carreras más prestigiosas entre los jefes militares israelíes.

De su madre heredó la fuerza de carácter poco común que lo llevó a perseguir sus objetivos con terquedad. Ella constituyó para él el modelo de vida que había que seguir, intentando siempre unir el acto a la palabra, prefiriendo la acción pensada por sobre los discursos inconsecuentes. De ella heredó su tenacidad, su rigor.

"No recuerdo haber visto nunca llorar a mi madre" —dijo en cierta ocasión. "Nunca alzaba la voz, aunque habría tenido derecho a estremecer cielo y tierra con sus quejas".

Así, Bruno Halioua recopila las historias de las madres de célebres congéneres, y junto a Woody Allen, Marx, Dayan y Freud, figuran las historias de Sara Bernhardt, Albert Cohen, Marc Chagall, Albert Einstein, Anna Frank, Romain Gary, los Hermanos Marx, Modigliani y Proust. Todos soñadores, todos idealistas y grandes realizadores. No todos médicos. No todos abogados. (¡Oy vey!)... Pero, sin duda, cada uno una destacada figura en sus respectivos campos. A pesar de sus idische mames, o por el mérito de ellas.

Positiva o negativamente, intencionalmente o no, lo cierto es que la relación madre-hijo ha dejado huella en estos personajes. Y, a través de ellos, la Idische Mame sin duda ha dejado su huella en la humanidad toda.